

En su ceguedad, no ven que separar la política de la teología viene á ser tanto como dividir al hombre en dos partes, separando su cuerpo del espíritu que lo anima: como ellos en verdad no buscaban tampoco sino la materia, no han alcanzado á ver el espíritu; y al cabo la materia que ha quedado entre sus manos, no ha sido más que un cadáver. La política no es más ni ménos que una parte de la moral; y del propio modo que no hay moral sin Dios, tampoco hay política sin teología. Las políticas ateas son una de las mil barbaridades de nuestra época actual, como resultado que son de una de las más nécias é impías máximas que brotaron de aquel abismo infernal llamado la gloriosa revolución de 1789.

Al cabo de medio siglo de debates, los políticos al fin han abierto los ojos y han visto «con gran extrañeza que en el fondo de la política se hallaba siempre la teología.» Estas palabras, caídas por decirlo así, de la pluma de Proudhon en sus *Confesiones de un Revolucionario*, forman el texto que sirve de asunto y de punto de partida al Sr. Donoso Cortés en su ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO.

El autor comienza por demostrar que la sociedad ha estado siempre bajo el imperio de la teología: las teologías paganas no contenían sino una parte más ó menos grande de verdades mezcladas con innumerables errores, y las sociedades paganas no duraron sino lo que duraron en su seno las verdades que daban fuerza y vida á su política; pero se hundieron desde el punto que prevalecieron los errores contrarios á estas verdades. La sociedad católica, única que posee la verdad sin mezcla de error alguno y hasta sin posibilidad de errar, como conservada que es por Dios mismo, no puede perecer; lo cual no quiere en manera alguna decir que por el hecho sólo de ser católica, no pueda ya perecer una nación; sino que la sociedad católica no podrá jamás ser aniquilada, á la manera que lo han sido las de Asiria, de Persia, de Grecia, de Roma y tantas otras de las que apenas viven el nombre histórico y algunas ruinas. Nunca podrá decirse de la sociedad católica: Ya no existe.

Tal es el asunto del libro primero del ENSAYO. Prosiguiendo el exámen de su tesis, entra luego el autor á investigar las razones intrínsecas de esta diferencia, y plantea los *problemas relativos al orden general*, que son el asunto del libro segundo, y los *problemas relativos al orden en la humanidad*, que lo son del libro tercero y último. Imposible sería resumir en pocas palabras las *soluciones* que el autor da á estos problemas, y por eso no lo intentaremos nosotros. Toda esta gran lucha que constituye lo que nosotros llamamos el mundo, no es sino el resultado de la desgraciada facultad de pecar, triste patrimonio de las criaturas racionales: partiendo de aquí el Sr. Donoso, trata del libre albedrío y del abuso que de él hizo el hombre con su pecado, demostrando cómo la teoría católica es la única que mantiene intactos los derechos de Dios y los derechos del hombre, ó lo que es lo mismo, la Providencia divina y la libertad humana; mientras que siempre claudican por uno de estos dos lados todas las soluciones dadas á aquellos problemas por el maniqueísmo prudhoniano, por el liberalismo y por el socialismo.

El pecado del primer hombre explica el desórden que reina en el mundo; y por consiguiente, la permanencia de este desórden no puede explicarse sin la permanencia de la culpa, la cual á su vez no puede tampoco ser explicada sino por la trasmisión. De aquí resulta el dogma de la reversibilidad; la cual puede tener cabida para el bien como para el mal; de donde nace el pensamiento del sacrificio, el cual conduce á tratar de la Redención y de la Encarnación del Hijo de Dios, que es el término de la obra del ilustre escritor.

La simple enunciación de estas materias, nos disculpa de no dar una idea más extensa del libro; pero no de invitar á nuestros lectores á que recorran aquellas páginas escritas con todo el ardor de un hombre que alzado en alas de su fé, se remonta más alto de cuanto puede concebir la inteligencia, y con aquella profundidad de expresiones, propia de quien medita y entreve mucho más allá de cuanto pueden expresar voces humanas.

Al tratar estas cuestiones tan elevadas y profundas, el autor sigue felizmente las huellas de otro gran escritor, el conde José de Maistre, á quien el Sr. Donoso hace recordar por el estilo, por el carácter grande y majestuoso que distinguen á aquella escuela. Cuadros hay pintados de una pincelada, inspirados por el sentimiento, y tan valientemente trazados, que uno sólo de ellos vale por mil de esas pálidas miniaturas tan del gusto de ciertos maestros. La pluma del filósofo español parece haber sido inspirada por las *Veladas de San Petersburgo* y el tratado sobre los *sacrificios* del filósofo sardo.

Aquí terminaríamos nuestra reseña, si las censuras recientemente dirigidas contra el ENSAYO por un sábio teólogo francés, no nos obligasen á añadir algunas palabras. De ningún modo pretendemos empeñar un debate con aquel crítico, estando, como estamos, muy resueltos á no entablar polémicas con nuestros amigos, mientras tengamos enemigos al frente de nosotros. Séanos lícito, sin embargo, presentar algunas observaciones, más bien para tranquilizar á nuestros lectores por lo que respecta á las doctrinas del Sr. Donoso, que para responder á las críticas del Sr. Gaduel.

En primer lugar, es preciso tener en cuenta que el estilo y la manera de nuestro autor y de su escuela no se prestan á las exigencias de los que quisieran pesar minuciosamente cada palabra, y reducirlo todo á la exactitud teológica de un tratado elemental de esta ciencia. Si hubieran de ser medidas por este compás las obras del conde de Maistre ¿cuánto y cuánto no se hallaría que notar en ellas? Este género de escritos salen de la pluma de sus autores

Come torrente che alta vena preme.

No dicen ni la centésima parte de lo que el autor ve y siente al escribir: no se detienen ante ningún obstáculo, sino que van al descubierto allí adonde su ardor los arrastra, difundíendose, por decirlo así, donde quiera que ven misterios y paradojas, como quien sabe que la sabiduría, ó lo que es lo mismo, la ciencia de las causas, no está en la superficie, y que sólo el ignorante es quien jamás encuentra misterios y paradojas en el camino de la ciencia. Puede decirse de es-

tos escritores místicos, que necesitan ser gustados, más bien que comprendidos.

Por otra parte, y aún prescindiendo de las anteriores observaciones, estamos lejos de creer fundadas las observaciones del Sr. Gaduel. Parécenos que en ciertos pasajes no ha entendido el asunto de que se trata; en otros, aislando el miembro de una frase de su contexto general, ha dejado una crudeza de expresiones que realmente las da el carácter de un error manifiesto, cuando precisamente debería verse todo lo que precede y lo que sigue para dar la idea exacta y verdadera del sentido que el autor ha querido expresar. Si el sábio crítico francés quisiera aplicar á cualquiera de las obras de San Agustín el trabajo anatómico que ha aplicado á las del Sr. Donoso, es seguro que el santo doctor quedaria muy mal parado. Sin que sea visto que examinemos todas las censuras del señor Gaduel, allá va un ejemplo en comprobacion de cuanto decimos.

Grave cargo formula contra el Sr. Donoso por haber dicho: «Sólo Dios es creador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede, según se ve por estas palabras del Eclesiástico: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas a Deo sunt*. Por eso dice San Basilio, que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana.»—El Sr. Gaduel haciendo justicia y todo á las intenciones católicas del Sr. Donoso, dice que «las líneas citadas EXPRESAN (sic) el fatalismo neto, pues que al hacer á Dios autor de todo lo que sucede, le hacen por consecuencia inevitable, autor del pecado.»

Ahora bien, el Sr. Donoso, en todo el período á que corresponde el pasaje tan vituperado por su crítico, y en los inmediatos trata de mostrar que «las cosas del orden natural, las del orden sobrenatural, y las que por salir del orden común, natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo, y aún mucho de común, que consiste en su dependencia de la voluntad divina.»—Y esto lo dice con el fin de manifestar que los milagros, lejos de ser una cosa absurda para Dios, le son cosas comunes é iguales á todos los demás actos de la Providencia; por ejemplo: el que las fuentes corran, el que los árboles fructifiquen, etc., son hechos que atestiguan la omnipotente voluntad de Dios, por las mismas razones y del propio modo que la atestigua la resurreccion de Lázaro, etc.—En todo este capítulo no hay una sola palabra que se refiera al mal moral. El autor, además, habla en el mismísimo sentido del Eclesiástico y de San Mateo, que ciertamente no son autoridades sospechosas. Por consiguiente, aquellas palabras que según el Sr. Gaduel EXPRESAN el fatalismo neto, y que hacen á Dios autor del pecado, no son más ni menos, bien leído y bien entendido lo que quiere decir y lo que dice el Sr. Donoso, no son más ni menos que una simplicísima verdad cristiana.

Lo que decimos de esta parte de las críticas del Sr. Gaduel, pudiéramos decirlo de todas las demás, que poco más ó menos pecan por el mismo lado. Y no se crea por esto que pretendemos justificar todas y cada una de las expresiones del Sr. Donoso, de ninguna manera; el mismo ilustre escritor tendria nuestros

elogios por exagerados y falsos. Sabemos bien que los escritos de la índole del ENSAYO no se prestan al rigorismo que la ciencia teológica impone con razon al escritor de teología, y considerado así el negocio, nada hay que echar en cara al Sr. Donoso; pero si el texto no consiente, sin perder algo de su fuerza, la escrupulosa exactitud de los términos teológicos, conveniente y aún necesario parece acompañarlo de algunas notas que oportunamente explicando lo que puede ser ambiguo para el vulgo de los lectores, quiten toda ocasion á interpretaciones erradas. Nadie, en verdad, mejor que el mismo Sr. Donoso pudiera haber hecho esto, y nosotros sentimos que no haya pensado en ello, ó que no lo haya creído necesario.

Por esto creemos que la traduccion italiana recientemente publicada en Foligno, es más apropiada á lo que necesita el común de los lectores, pues entre otras ventajas tiene la de estar adornada con algunas notitas, destinadas no tanto á explicar el texto como á recordar á los lectores el fin que el autor va prosiguiendo, que es el que determina el sentido recto de sus palabras, dándoles otro distinto del que pudiera atribuírseles si se las tomara aisladamente.

Por lo demás, como al cabo nuestra opinion es poca cosa para contrabalancear la del Sr. Gaduel, podrian siempre y de todos modos los lectores tener escrupulo de leer el ENSAYO: por esta razon, y para desvanecer en el ánimo de todo el mundo hasta la sombra del menor escrupulo, creemos deber añadir que la mencionada traduccion italiana ha sido impresa en Foligno con la autorizacion de dos revisores, uno del Santo Oficio y otro del señor Obispo de aquella ciudad. Aunque la revision de estos censores no sea garantía infalible de que no hay en el libro error alguno, ésto, sin embargo, muy sobrada para tranquilizar la conciencia de cuantos quieran leerle.

VI.

Artículo crítico publicado por la Revista romana titulada la CIVILTÀ CÀTOLICA, en su número correspondiente al 16 de Abril de 1853.

El nombre del Marqués de Valdegamas es muy conocido por los católicos, y debe ser estimado por nuestros lectores, que ya ántes de ahora han tenido ocasion de admirar su elevado ingenio y sus nobles doctrinas. Hoy tenemos suma complacencia en volver á hablar de este escritor con motivo de la preciosa obra suya que anunciamos (EL ENSAYO SOBRE EL CÀTOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO), escrita primitivamente en español, traducida luego al francés, y recientemente publicada en italiano. La reseña que de aquella obra nos proponemos hacer, viene tanto más á propósito, cuanto que recientemente acaba en Francia de dar ocasion á graves críticas, publicadas en un ilustrado periódico por el presbítero P. Gaduel, Vicario general del Sr. Obispo de Orleans.

Para decir en pocas palabras lo que es aquel libro, y de qué manera corres-

ponden á su título las materias en él tratadas, bastará citar la frase del Sr. Proudhon, que le sirve como de introito: *Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.*—Dios es la única explicación cumplida de lo natural y de lo sobrenatural: sólo la teología da perfecto complemento á todas las ciencias: sólo la religión católica puede dar solución adecuada á los problemas que incesantemente surgen de la política; la Iglesia sola puede salvar á la sociedad agonizante de las garras de la anarquía: en vano los liberales y socialistas se devanarán los sesos inventando instituciones y teorías para ocurrir á todas las necesidades de la humanidad: si el liberalismo y el socialismo triunfan, la sociedad está muerta, y extinguida toda esperanza de una regeneración dichosa. Tales son los asuntos de aquel libro, los cuales todos constituyen un tema tan vasto cuanto admirablemente apropiado á las necesidades de los presentes tiempos. El valeroso escritor, sin arrojarse ante las dificultades de su propósito, lo contempla desde lo alto, mide su anchura, lo recorre con pié firme y seguro, derramando en torno de sí torrentes de luz que hacen accesibles, áun á los más vulgares entendimientos, las cuestiones más recónditas y abstrusas.

La obra está dividida en tres libros: en el primero, después de haber demostrado «cómo en toda gran cuestión política va siempre envuelta una gran cuestión teológica,» describe con grandes pinceladas y fuerte colorido la restauración consumada en el mundo, en el Estado y en la familia por obra de la teología católica; y con este motivo, investigando el principio intrínseco de la fecundidad que tantos bienes ha producido en la sociedad católica, lo encuentra consignado en la ley de gracia y de amor: gracia suavísima y omnipotente, que misteriosamente atrae los humanos corazones, ligándolos con Dios y entre sí mismos; gracia sobrenatural y secretísima, única que puede explicar de lleno el triunfo de la virtud sobre el vicio, de la verdad sobre el error, de la doctrina de Jesucristo sobre el mundo corrompido y perverso.

En el segundo libro entra de frente el escritor á tratar la vastísima y árdua cuestión del cómo y el por qué hallamos el mal en todos los órdenes del universo; y para dilucidarla expone, en primer lugar, la teoría de la verdadera libertad, considerada como perfección, ó sea como medio de alcanzarla; recorre después las fases que esta libertad tuvo en el cielo y en la tierra; narra el abuso que de ella hicieron los ángeles y el hombre, y las inmediatas consecuencias que le acompañaron; combate el moderno maniqueísmo del socialista Proudhon, y demuestra cómo, según la doctrina católica, se concilian con armonía perfecta la providencia de Dios y la libertad del hombre. Partiendo de aquí para recorrer el campo de la naturaleza y el de la historia, describe las secretas analogías que existen entre las perturbaciones físicas y las morales, derivadas todas de la culpa; y emprendiendo con este motivo una extensa y razonada narración del acto maravilloso que comenzó en el cielo y acabó en el Paraíso terrenal, enseña cómo Dios sacó del mal el bien, el orden del desorden, de la prevaricación la gloria; y con razón entonces exclama: «Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más

resplandece la soberana conveniencia y la perfectísima conexión y la maravillosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.»

En pos de la solución católica examina las soluciones propuestas por las escuelas liberal y socialista. Los liberales hacen consistir el mal de la sociedad en el gobierno monárquico bajo el influjo de la idea católica, ó en la anarquía, fruto del socialismo: en esto sólo y en las tentativas de los que alguno de aquellos fines se proponen, ven únicamente el desorden de los liberales; de donde resulta, para ellos, que la sociedad será feliz y bienaventurada, desapareciendo de la tierra el mal, cuando el gobierno de los pueblos pase á manos de los filósofos y de la clase media. Los socialistas, en cambio, sostienen que el hombre es por su naturaleza sano y perfecto, y que el mal le viene de Dios, de las leyes y del gobierno; y por consiguiente, que la edad de oro anunciada por los poetas y esperada por las naciones comenzará en el mundo cuando se destruyan la creencia en Dios, el imperio de la razón sobre los sentidos, y el dominio de los gobernantes sobre el pueblo, es decir, cuando las embrutecidas muchedumbres sean para sí mismas su propio Dios, su propia regla y su propio rey. Estas monstruosas aberraciones se hallan expuestas y combatidas en el resto del Ensayo con una lógica severa y contundente, y con tanta luz de raciocinio, tal grandeza y novedad de conceptos, que su lectura convence, persuade, conmueve y deleita á un tiempo mismo. Si tristes deben ser para toda alma recta las infernales blasfemias que los socialistas, y especialmente el ciudadano Proudhon su primado, lanzan contra Dios, llamándole con inaudito cinismo *tontería y miedo, hipocresía y mentira, tiranía y miseria*, aspirando como á reducirlo á cenizas con sus rayos; suaves como rocío en el desierto, y risueñas como el sol después de la tempestad son las hermosas palabras que la fuerza de la verdad arranca de aquel alma rebelde, y que con grande oportunidad pone el Sr. Donoso después de las mencionadas blasfemias, como para serenar el ánimo de sus lectores.—«¡Ah, cuánto más prudente se ha mostrado el catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos, santosimonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el conocimiento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nuestra vida no es sino una peregrinación, y que toda perfección cumplida nos es negada en este mundo; y porque sabe esto, se contenta con preludiar en la tierra una educación que sólo puede acabarse en el cielo. Por su parte, el hombre que ha ido creciendo bajo los auspicios de la religión, satisfecho con saber hacer y obtener lo que basta para la vida del tiempo, no será nunca un obstáculo para las potestades de la tierra: antes preferiría el martirio. ¡Oh religión amada! ¿Por cuál extravío inconcebible de razón, sucede que los que más te necesitan, esos son cabalmente los que más te desconocen?»—«¡Oh verdad, diremos nosotros, oh grande y excelsa reina de las inteligencias! ¿cómo es posible que un hombre pueda verte tan radiante y bella, que te admire de este modo, y que después te venda?

Demostrada la conveniencia de la doctrina católica en lo relativo á explicar el origen del mal, se propone el Sr. Donoso en el libro tercero de su obra otro pro-

blema, á saber: por qué se perpetúa en el mundo el mal, originado de una culpa primitiva, y cómo es que del primer padre se trasmite á sus últimos descendientes. Con este motivo el autor examina, siguiendo las enseñanzas de la revelación, el grande y misterioso dogma de la solidaridad y de la trasmisión de la culpa y de la pena, demostrando su racionalidad, sus necesarias relaciones con hechos más conspicuos, y su consonancia con las leyes universales de la naturaleza: hablando, en consecuencia, del dolor, é investigando su naturaleza íntima, hace ver cómo Dios, desnaturalizándolo en cierto modo, lo trasforma de mal en bien, y de castigo que era lo convierte en remedio de virtud incomparable. De esta manera se explica y armoniza, para un cristiano, la perpetuidad de la culpa y de la pena.

La escuela liberal, en cambio, niega la solidaridad humana en el orden religioso, como la niega en el político: en el orden religioso, negando la doctrina de la trasmisión de la culpa y de la pena; en el orden político, proclamando la no intervención, destruyendo la nobleza, y defendiendo el derecho igual de todos á las altas dignidades del Estado. Pero mientras esta escuela niega la solidaridad por un lado, se ve por otro obligada á confesarla en el hecho de reconocer la identidad de las naciones, el derecho hereditario en la monarquía, y la trasmisión de las riquezas con la sangre; como si el poder de los ricos fuera más sagrado y legítimo que el de los nobles.

Las mismas contradicciones echa el autor en cara justamente á la escuela socialista: esta arguye contra los liberales, que una vez negada la solidaridad en la familia, en la política y en la religión, no debe ser afirmada en la nación ó en la monarquía. Pero hé aquí que á su vez esta misma escuela socialista, despues de haber negado todas estas solidaridades, viene á proclamar la solidaridad humana. El célebre dogma de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, ó no significa nada ó significa que todos los hombres son solidarios entre sí. Ahora bien, ¿cómo puede ser que los vínculos del nacimiento, del Estado, de la religión, no liguen á los hombres entre sí, y que en cambio la humanidad entera sea una sociedad de *hermanos igualmente participes* de una *libertad* comun?

El socialismo además es contradictorio, porque contradictorias son entre sí las doctrinas proclamadas por sus varias escuelas; y el Sr. Donoso lo demuestra delineando los varios círculos que en breve tiempo ha recorrido el socialismo. Por donde quiera que se la mire, esta teoría es la mayor de las contradicciones, pues que por todas partes va á parar á un absoluto nihilismo. Negación absoluta del hombre, de la familia, de la sociedad, de la humanidad, de Dios: tales son las fases en que se mueve la hipótesis socialista, y en las que el ilustre escritor la persigue con irresistible lógica en todo el discurso del capítulo quinto del libro tercero.

En el resto de la obra viene oponiendo á la solidaridad de la culpa y de la caída, la solidaridad de la reparación y del mérito. Investigando con este motivo las tradiciones de los pueblos, é ilustrándolas con la luz de las enseñanzas católicas, demuestra la virtud expiatoria del sacrificio, inexplicable de todo punto por

los principios socialistas y liberales. La Redención, centro de todos los misterios y fuente de todas las soluciones, se presenta aquí con toda su majestad á los ojos del piadoso escritor, el cual pone de manifiesto su conveniencia respecto á Dios al hombre y al orden universal; demuestra cómo en el sacrificio del Hombre. Dios se lava la culpa, queda vencido el mundo y todas las cosas restauradas, cumpliendo de esta manera la demostración de su tema, á saber: que los problemas fundamentales del hombre y de la sociedad no pueden ser verdaderamente explicados sino por la revelación y por la Iglesia.

Basta este sucinto análisis para creernos dispensados de insistir en las alabanzas del Sr. Marqués de Valdegamas y de su libro, en el cual no se sabe qué admirar más, si la gran elocuencia del estilo, lo ordenado de sus varias materias la lucidez y sublimidad de los pensamientos, ó el vigor de la argumentación, la vivacidad de la polémica, la profundidad de la doctrina, la pureza de la fé, la nobleza, en fin, de afectos siempre elevados, generosos, exquisitamente católicos, prenda especial de aquella nación española, de la cual es el Sr. Donoso tan espléndido ornamento.

A pesar de todas estas excelencias, la obra del ilustre publicista ha sido blanco de graves censuras, que le han impulsado á hacer la franca profesión de fé publicada últimamente por el *Univers* en forma de carta. No puede fácilmente reducirse á los estrechos límites de una Revista el exámen detenido y minucioso de aquellas censuras, ni tampoco nosotros pretendemos erigirnos en jueces de este litigio, donde si bien aparece quizás de una parte cierta falta de exactitud y propiedad en el lenguaje técnico, no ha escaseado en cambio, de otra parte, la acerbidad de las formas y las exageraciones á que conduce la extremada concitacion de los ánimos. Para dar aquí una idea bastante clara de los errores imputados al filósofo español, y decir lo conveniente á los lectores de su libro á fin de que puedan recorrerlo *inoffenso pede*, nos ceñiremos á los seis puntos capitales señalados por el crítico Sr. Gaduel, é indicaremos los motivos que el Sr. Donoso ha tenido para estampar proposiciones al parecer inexactas y extremadas en su significación más obvia.

1.º Las primeras censuras se refieren al concepto de Dios, cuya suprema libertad aparece como disminuida por el Sr. Donoso á fuerza de exaltar la divina sabiduría y el divino poder. 2.º Viene en seguida el misterio de la Santísima Trinidad, para cuya exposición usa el autor de un lenguaje figurado y de tal cual comparación sacada de los Santos Padres; pero no dotada de aquella rigurosa exactitud que se exige en una disputa escolástica. 3.º La noción de la libertad, por la cual el autor entiende frecuentemente la libertad perfecta, tal como existe en Dios y en los santos, que es la que salva al hombre de la servidumbre del pecado. 4.º La doctrina del pecado original, con la que el autor, queriendo mostrar los secretísimos fines del Criador en la permisión de la culpa, da lugar á creer que sin ella no habria el mundo manifestado con esplendor suficiente las infinitas perfecciones de Dios. 5.º Los efectos de esta misma culpa, ó sea del pecado, sobre la voluntad y sobre el entendimiento, efectos al parecer extremados

por el autor con decir hiperbólicamente que toda acción humana va acompañada del remordimiento, y toda noción va oscurecida por la incertidumbre. 6.° Los motivos de credibilidad en nuestra fé, cuya eficacia parece atenuada por el autor en el hecho de presentarlos hasta como obstáculos para la propagación del Evangelio; todo con el fin de magnificar el poder de aquella gracia interior que sabe vencer todas las dificultades de la razón enferma y de los sentidos.

Dos consideraciones solas creemos que basten para que debidamente se comprenda cómo un católico tan sincero y tan ilustrado pueda haber escrito proposiciones al parecer tan aventuradas, y cómo por el hecho sólo de emplear un lenguaje fuera del orden común, puede haber hecho creer á alguien que no sólo con la palabra sino también con el entendimiento, se aleja de las doctrinas comúnmente recibidas.

En primer lugar, el Marqués de Valdegamas, dotado de elevada inteligencia, de vasta comprensión, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero, y enemigo de aquella perplejidad é incertidumbre, que si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reacción consiguiente, la necesidad de estimularse á sí propio, vigorizando su innata propensión á la certeza, á la afirmación, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que llaman libertad á la licencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error; y en vez de atenerse á las distinciones necesarias en una discusión propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario, y estrecharle hasta derribarlo al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatía, ó negaban á Dios, ó si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la creación, pues que todo lo explicaban por la sola intervención de la naturaleza y del hombre: Donoso, en consecuencia, afirmó que solamente en Dios y en la Sabiduría reguladora de los seres y de los sucesos, estaba la explicación del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo á quien se dirigía desecha la creencia en los impenetrables misterios de nuestra fé; y en consecuencia, Donoso quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano más angusto de la revelación, al Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original y el enflaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, Donoso se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencia del hombre, les dijo:—«No sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside más que en los santos;»—es decir, en los que auxiliados por la gracia, se sustraen á la posibilidad de pecar. Por último, para los espíri-

tus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y las profecías, pareciéndolos piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para estos dijo Donoso, generalizando su frase: «Que Nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina ni por las profecías ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»—Y hé aquí cómo la vivacidad de la lucha pudo empeñarle en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

Pero también puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reacción, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es extraño que hayan creído imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad: pues que ello al cabo las almas, obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precisión de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El conde José de Maistre, que bajo muchos respectos puede compararse al Marqués de Valdegamas, fué también tachado, no sin fundamento, de algun extravío en aquel punto: y, sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposición aventurada y un tanto paradójica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al génio volteriano y liberalesco, siendo, en resumen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seculares tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos: ¿pero á cuántos es dado hacerlo así, donde la discusión requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y expedita? A estas razones, que en primer lugar explican las exageraciones de estilo del Sr. Donoso, puede agregarse otra no ménos exacta, que explica la impropiedad de algunas de las fórmulas que emplea. Todo el mundo sabe que los antiguos Padres, bien que perfectamente concordes en puntos de fé siempre que discurrían acerca de las verdades divinas y humanas, no siempre usaron de un mismo lenguaje para expresar las mismas verdades, y que unas mismas palabras tenían en un escritor un sentido y otro en otro: razón de esta variedad podía ser, ora la diferencia de los tiempos y de los pueblos en que vivieron, ora la diversidad de escuelas filosóficas que ellos ó sus adversarios frecuentaban, ora, en fin, que á medida que el dogma se iba explicando, era necesario emplear nuevas locuciones que cada cual inventaba para acomodarlas á las necesidades y á las circunstancias. Poco á poco los Concilios con sus definiciones, fueron uniformando el lenguaje científico de la Iglesia, y en seguida los doctores y maestros lo redujeron á una exactitud casi geométrica. Desde este punto ya fué cosa tácitamente convenida entre los católicos, el que ninguno usase las voces científicas en un sentido distinto del aceptado universalmente por las escuelas, y que si alguno contraviniera á esta regla, no lo hiciese nunca sin razón muy poderosa, ni sin advertirlo debidamente á los lectores; determinación por cierto altamente juiciosa y oportuna para impedir, ó cuando ménos disminuir en gran manera las cuestiones de palabras donde hay pleno